

¿EL SECTOR FINANCIERO COMO CLASE?*

Entre el torrente de libros sobre el cataclismo financiero de 2008 y la «gran recesión» noratlántica, esta importante nueva contribución procedente de París destaca como un faro analítico. Mucho se ha escrito sobre los mecanismos que permitieron que una burbuja gigante de titulizaciones estallara dentro del sistema financiero hipertrofiado. Pero Gérard Duménil y Dominique Lévy son siempre conscientes de un punto sobre el que habrían insistido Marx y Keynes: las crisis sistémicas son generadas por las contradicciones internas de la economía capitalista misma. *The Crisis of Neoliberalism* aún una visión comparativa a largo plazo de las crisis del capitalismo –las de la década de 1890, la de 1929, la de la década de 1970 y la de 2008– y de las sucesivas «salidas de la crisis», con una disección detallada y llena de datos de las evoluciones de la última década: el «nuevo» sector financiero, los crecientes desequilibrios globales, la burbuja inmobiliaria estadounidense, la «onda sísmica» del proceso de extensión de la crisis y las medidas de rescate puestas en práctica por el Tesoro y la Reserva Federal estadounidenses. Duménil y Lévy concluyen con una comparación de las secuelas de 1929 y 2008, una evaluación de la importancia de la crisis para la hegemonía estadounidense y algunos serios pronósticos sobre el orden social y económico que es probable que surja a raíz de la misma. Los autores aspiran a ejercer una influencia parecida a la de *El capital monopolista* hace cuarenta años –y de mi lectura deduzco que la merecen–. Como *El capital monopolista*, el marco analítico de *The Crisis of Neoliberalism* usa algunas categorías y lenguaje marxianos, pero vivificado con elementos (a menudo implícitos) de Veblen, Chandler, Galbraith, Keynes y Polanyi. El resultado es un enfoque sumamente particular –y convincentemente radical–, que exige una verdadera atención.

Los autores, profesores investigadores en el Centre Nationale de la Recherche Scientifique de París, una institución pública, son más conocidos en el mundo angloparlante por su *Capital Resurgent* de 2004 –publicado originalmente en Francia en 2001 con el título de *Crise et sortie de crise* (rese-

* Gérard Duménil y Dominique Lévy, *The Crisis of Neoliberalism*, Cambridge, Harvard University Press, MA, 2011, 391 pp.

ñado por John Grahl en la *NLR* 9). En ese libro trazaban una periodización en tres fases del capitalismo moderno desde su surgimiento a partir de las crisis de la década de 1890, junto con una teoría idiosincrática de la lucha de clases a tres bandas, que en cierto modo recuerda la de Veblen, en la que intervienen los capitalistas («las finanzas»), una clase de directivos y las «clases populares», donde los directivos corresponden a los ingenieros de Veblen. En este libro anterior, Duménil y Lévy sostenían que la «solución» capitalista de la crisis de la década de 1890 implicó la creación de un sector financiero a gran escala y de corporaciones y cárteles gestionados profesionalmente; en el proceso, la propiedad capitalista se vio separada de la gestión empresarial cotidiana, de tal suerte que una amplia clase capitalista rentista, propietaria de acciones en múltiples sectores, se diferenció de una nueva clase de directivos y tecnócratas profesionales.

El resultado, desde 1900-1929, fue la «primera fase de hegemonía financiera», entendiéndolo por ello que las finanzas estaban al mando: no había controles sobre las fracciones superiores de la clase capitalista y de las instituciones financieras a gran escala, o de su capacidad de dirigir. Sin embargo, su jefatura, y la actividad frenética de financiarización, especulación y autoenriquecimiento que ésta implicaba, provocó el crac financiero de 1929 y la Gran Depresión. La gravedad de la crisis de la década de 1930 ofreció oportunidades de aumento de la autonomía de los directivos, en alianza con las clases populares, lo que se puso de manifiesto con el New Deal. Esto fue el prelude del periodo del compromiso de postguerra, acompañado de poderosos movimientos obreros, que duró hasta la década de 1970 y que se tradujo en aumentos salariales, pleno empleo y el Estado del bienestar. Pero, a su vez, este acuerdo entró en crisis en la década de 1970, con un descenso de las tasas de ganancia y una creciente inflación. En ese momento, las finanzas aprovecharon la oportunidad para inaugurar una segunda fase de la hegemonía financiera: el neoliberalismo, sostenían Duménil y Lévy en *Capital Resurgent*, se vio impulsado por la búsqueda de una maximización de la ganancia por parte de las capas capitalistas superiores, en alianza con la clase directiva. Las políticas públicas y corporativas que promovieron aceleraron el ascenso de un modelo económico dirigido por las finanzas (financiarización) y un régimen de liberalización del comercio y de los movimientos internacionales de capital (globalización), que aseguró aumentos espectaculares de la riqueza y la renta para las elites.

En su última obra, *The Crisis of Neoliberalism*, Duménil y Lévy reiteran y extienden ese modelo histórico, centrándose por encima de todo en la economía estadounidense y en el «neoliberalismo bajo hegemonía estadounidense». La crisis, sostienen, no es sólo un resultado de una desregulación financiera mal gestionada; es el resultado de contradicciones intrínsecas a la trayectoria de la economía estadounidense bajo esta dirección de clase. «La expansión ilimitada de las demandas de las clases superiores», escriben Duménil y Lévy, «empujaron a los mecanismos hasta y, finalmente, más allá de la frontera de la sostenibilidad». Sostienen que la cúspide de los capitalistas y sus aliados directivos han emprendido una insaciable «búsqueda de

altos ingresos» para financiar sus modos de vida cada vez más opulentos. Desde el punto de vista de quienes lo impulsaron, cabe decir que el programa puede ser considerado un éxito. Por ejemplo, el 1 por 100 superior de las familias estadounidenses dispone de más del 20 por 100 de la renta, en comparación con sólo un 9 por 100 en la década de 1970. Hay que señalar que lo consiguieron aumentando sus niveles retributivos –los salarios y las primas crecientes de los altos directivos y representantes de las corporaciones–, en lugar de ampliar la participación de las ganancias en el PIB. De ahí la tasa de inversión desfalleciente: Duménil y Lévy calculan que, después de 25 años de neoliberalismo –y a pesar de la efímera recuperación durante la segunda mitad de la década de 1990– el *stock* de capital fijo en la economía estadounidense es un 32 por 100 más bajo de lo que lo hubiera sido si se hubieran mantenido las tasas de inversión anteriores. Cuando las corporaciones no financieras se endeudaban, lo hacían cada vez más no con propósitos de inversión, sino para la readquisición de sus propias acciones, al objeto de beneficiar a sus propias posiciones bursátiles.

Así, pues, el resultado macroeconómico ha sido una tasa descendente a largo plazo de gasto inversor en el núcleo productivo de la economía, junto a un aumento del consumo, impulsado por el gasto en bienes suntuarios de los más ricos, pero también por un creciente endeudamiento de las familias, que Duménil y Lévy interpretan como una extensión del «compromiso neoliberal» originario entre los capitalistas más ricos y la clase directiva, al objeto de incluir «a los estratos superiores de los asalariados». La consecuencia fue un enorme aumento de los déficits comerciales estadounidenses, financiados por el endeudamiento externo a una escala sólo posible para la principal potencia imperialista del mundo, con el dólar como divisa de reserva. Al mismo tiempo, las ambiciones globales del sector financiero, junto con la ideología del neoliberalismo abrazada por la clase directiva, dictaron la desregulación del comercio internacional y de los mercados de capital: los fondos fluyen al extranjero en vez de buscar una inversión productiva doméstica. A la larga, esta trayectoria trajo consigo tanto «una desterritorialización de la producción de mercancías» como «una penetración gradual de capital extranjero dentro de las esferas del capital nacional», lo que no deja de suscitar preguntas acerca del futuro de la hegemonía estadounidense. A corto plazo, los desequilibrios macroeconómicos, por encima de todo la deuda de las familias, amenazan con desestabilizar las frágiles estructuras financieras que se habían multiplicado bajo el neoliberalismo, sobre todo tras el crac de las «punto com» en 2000, con el crecimiento exponencial de la titulización y de la contratación de productos derivados.

Las partes centrales de *The Crisis of Neoliberalism* rastrean esta trayectoria posterior a 2000, desde la burbuja inmobiliaria a la crisis financiera. Analizando las diferentes componentes de la demanda final en las tasas de crecimientos oscilantes después de la recesión de 2000-2001, Duménil y Lévy confirman que el motor de la recuperación (tal como se dio) fue una ola de inversión residencial, posibilitada por un aumento repentino de los créditos hipotecarios, que a su vez estaban respaldados por la titulización y los se-

guros de impago, mientras que los bajos tipos de interés de la Reserva federal «alimentaban la ola». Sin embargo, desde 2004, sugieren que cada vez más la FED estaba «perdiendo el control del timón en tiempos de tormenta»; cuando Greenspan intentó invertir el rumbo en 2004, los funcionarios de la FED descubrieron el fracaso de un mecanismo que anteriormente se consideraba de confianza: el vínculo entre el tipo de interés a corto plazo del mercado de dinero que ella controla y los tipos de interés a largo plazo de los mercados de capital que gobiernan la inversión residencial y empresarial. Su capacidad de influir en los tipos de interés a largo plazo, y por ende la eficacia de la política monetaria en cuanto tal, se vio dañada por el torrente de inversión extranjera que se volcó sobre Estados Unidos desde China y Japón —parte integrante, sostienen Duménil y Lévy, de la reestructuración financiera global llevada a cabo por el neoliberalismo bajo la hegemonía estadounidense.

Los autores demuestran, entonces, cómo el reflujo de la ola hipotecaria destabilizó la frágil estructura «financiera-global», dando comienzo al desencadenamiento de la crisis desde el final de la burbuja inmobiliaria a principios de 2006. El libro ofrece un análisis detallado de la «onda sísmica» que se extendió por el sector financiero, desde la crisis de liquidez en el mercado interbancario en agosto de 2007 hasta el comienzo de la crisis global en septiembre de 2008. Duménil y Lévy no ven ninguna contradicción para el neoliberalismo en la enorme intervención estatal para respaldar al sector financiero dañado:

El neoliberalismo no consiste en unos principios o una ideología, sino en un orden social que pretende asegurar el poder y la riqueza de las clases superiores [...] Considerado desde este punto de vista, no hubo cambio de objetivos. En el neoliberalismo, el Estado (entendido aquí en un sentido amplio para incluir a los bancos centrales) siempre trabajó en favor de las clases superiores. El tratamiento de la crisis no constituye ninguna excepción, sino que lo único que varía son las circunstancias y, por lo tanto, los instrumentos utilizados.

Duménil y Lévy ofrecen una exposición detallada de los pasos adoptados por la Reserva Federal hasta marzo de 2010, seguida de un análisis de las tendencias evidentes en los principales componentes de su balance de resultados; ésta muestra el enorme aumento en sus valores en cartera de bonos del Tesoro estadounidense, incluso a medida que descendían sus préstamos a las instituciones financieras estadounidenses. Tal como ellos resumen: «Los segmentos tradicionalmente decisivos del funcionamiento del sistema financiero estadounidense siguen sin estar asegurados por los denominados mercados», sino que dependen del apoyo estatal.

De haber un precedente de la crisis actual, sostienen los autores, no cabe duda de que es la de 1929. La penúltima parte de *The Crisis of Neoliberalism* ofrece un útil estudio de las distintas interpretaciones de la Gran Depresión, junto con una evaluación de las políticas —y la política— del New Deal. Duménil y Lévy reiteran aquí su tesis de «la tendencia a una creciente ines-

tabilidad» bajo la hegemonía financiera, que desarrollaron por primera vez en su libro *La dynamique du capital: Un siècle d'économie américaine*, como una explicación del crac de 1929 y los años posteriores, con obvias resonancias para su análisis de hoy en día. Contiene cuatro propuestas: (i) el avance de los mecanismos directivos y financieros contribuye gradualmente a la inestabilidad potencial de la macroeconomía; (ii) esta tendencia requiere la mejora gradual de los marcos reguladores y las políticas macroeconómicas; (iii) siempre hay resistencia a esa regulación correctora; (iv) la corrección se lleva finalmente a cabo, pero sólo después de la crisis, «de tal suerte que la violencia de la perturbación es el motor del ajuste necesario».

Así, pues, ¿cuál es la perspectiva actual? Habida cuenta de la profundidad de la crisis del neoliberalismo, así como la perspectiva de declive de la posición mundial de Estados Unidos si ésta continúa, Duménil y Lévy piensan que es probable que emerja una nueva configuración del poder en la próxima década. Aplicando su análisis de las tres clases sugieren que el reajuste traerá consigo que los directivos afirmen su autoridad imponiendo algún tipo de orden en el caos neoliberal (de nuevo, como los ingenieros de Veblen). Esto podría producirse en alianza con las clases populares, reconstituyendo la alianza del New Deal; pero dependería de la fuerza y la determinación de la clase trabajadora y de sus organizaciones. Lo más probable, piensan, sería una afirmación de la hegemonía de los directivos dentro de la presente alianza capitalistas-directivos —una solución tecnocrática sin precedentes históricos, que denominan «neogerencialismo»—. El programa para este nuevo bloque de clase dominante implicaría un «reforzamiento de la economía estadounidense en el territorio estadounidense», restricciones de los movimientos comerciales y de capital y un sector financiero al servicio de la economía no financiera. Aunque esto implicaría «un grado de contención» de los intereses capitalistas, advierten Duménil y Lévy, significaría también el fin del Estado del bienestar y un estancamiento constante de la capacidad adquisitiva del grueso de los asalariados. Pero el contenido exacto de la nueva configuración de poder dependerá de las luchas sociales venideras.

De todos modos, *The Crisis of Neoliberalism* es un punto de referencia obligado en los debates posteriores a la crisis. ¿Cómo cabe evaluar su interpretación? En primer lugar, Duménil y Lévy tienen, desde luego, razón cuando insisten en la importancia de la enorme redistribución de riqueza que ha tenido lugar durante el periodo neoliberal. Por supuesto, ésta es una historia conocida, que se suele presentar con un trasfondo moralizador. Pero no se trata sólo de injusticia; se trata también de disfunción. Esta redistribución tiene su origen en la divergencia entre los salarios reales y la productividad: en Estados Unidos, los salarios reales se han estancado o directamente han bajado para la mayoría de los trabajadores desde 1980, mientras que su productividad continúa aumentando. Hemos vuelto al mundo gráficamente descrito en las exposiciones de Marx acerca de la producción de plusvalor relativo —donde la productividad aumenta más rápido que los salarios— y de plusvalor absoluto: más horas por los mismos salarios. Pero el capita-

lismo inmaduro que Marx estudió habría traducido con bastante probabilidad esas redistribuciones hacia arriba en un aumento de la inversión; una opción ilustrada por el crecimiento espectacular de China en las últimas décadas. En cambio, el capitalismo neoliberal ha frenado, de hecho, la inversión en favor del valor para el accionista. Las *stock options*, la revolución del accionista, así como el crecimiento de grandes fondos comunes de capital financiero en pensiones, seguros, fondos de capital riesgo [*private equity*] y fondos de inversión libre, han conspirado conjuntamente para forzar a los directivos a distribuir las ganancias de sus empresas a los poseedores de activos patrimoniales mediante mayores repartos de dividendos, intereses sobre los préstamos y readquisiciones de acciones.

Los ideólogos neoliberales prometieron una asignación de capital más eficiente, que generaría un dinamismo del crecimiento y de la prosperidad. Durante un breve periodo en la década de 1990, una oleada temporal de inversiones en tecnologías de la información hizo que esto pareciera plausible; pero la ola se retiró hace más de diez años. El capitalismo contemporáneo sufre de una escasez crónica de inversión y de una mala asignación de capitales a escala global. El sistema financiero, lejos de facilitar el crecimiento real –un papel que los bancos desempeñaban, efectivamente, en épocas anteriores del capitalismo–, impide en realidad el desarrollo del capitalismo y promueve la desindustrialización del núcleo de países de capitalismo avanzado. Esto se puso de manifiesto por encima de todo en vísperas de la Gran Recesión. Siguiendo la línea de la frontera entre placas tectónicas, las tensiones internas se presentaron en la tasa de inversión empresarial, desastrosamente baja, durante la recuperación de 2001-2007. Durante este periodo, Greenspan y Bernanke trataban desesperadamente de impedir que Estados Unidos siguiera los pasos de Japón y cayera en una trampa de deflación. Pero a pesar de sus tipos de interés reales, cercanos a cero, una recuperación impulsada por la inversión los esquivó, aunque las ganancias, en lo que atañe tanto a las rentas como al capital, eran fuertes. De hecho, en la producción industrial el *stock* de capital se contrajo por primera vez desde la Depresión, prueba acusada de desindustrialización. En cambio, la Reserva Federal consiguió una expansión insostenible, impulsada por la construcción, y una burbuja de los precios de la vivienda alimentada por entradas de capital procedentes de los países de la costa del Pacífico, canalizadas a través de un sistema bancario en la sombra [*shadow banking system*] hechizado por las finanzas estructuradas y la titulización.

Al parecer, los funcionarios de la Reserva Federal –aunque no el propio Bernanke– están volviendo ahora a la hipótesis de inestabilidad financiera de Hyman Minsky en sus análisis retrospectivos de lo que no funcionó. Pero la idea de Minsky de un ciclo de altibajos en los mercados de activos, impulsado por olas de exuberancia o desesperación entre banqueros y presatarios, excluye el papel funcional que desempeñaron las burbujas del precio de los activos, mientras duraron, a la hora de hacer un buen uso de las insuficiencias del modelo neoliberal. Si falla el reconstituyente tradicional de la acumulación de capital, debe asegurarse alguna fuente alternativa de

demanda, de lo contrario el sistema se hunde en el estancamiento. Las sucesivas burbujas en los mercados de valores y de la vivienda alimentaron la demanda de los consumidores, en primer lugar entre aquellos lo bastante ricos para poseer cantidades considerables de activos y luego entre los propietarios de casas que eran capaces de sacar provecho de la revalorización inmobiliaria. Habría estado en manos de la FED o de otros organismos reguladores atenuar esas burbujas. Pero, en la medida en que las contradicciones subyacentes hubieran seguido intactas, se habrían expresado bajo una u otra forma de turbulencia financiera. Eso es lo que define una crisis.

Ahora bien, ¿qué tipo de crisis? La divergencia de las interpretaciones en la izquierda acerca de la conmoción actual es casi tan amplia como la que rodea a la Gran Depresión. Algunos, como Robert Brenner, insisten en que el problema sigue siendo la rentabilidad en condiciones de exceso de capacidad. Para los keynesianos estructurales, el problema es la demanda y la solución consiste en volver a unir los salarios a la productividad —un crecimiento impulsado por los salarios—. Desde un punto de vista marxiano, ésta es una crisis de realización. Sin embargo, Duménil y Lévy se resisten a esa descripción, sosteniendo que la crisis «no es consecuencia de una falta de demanda, la expresión de la insuficiente capacidad adquisitiva de los salarios». Por el contrario, insisten, es el resultado del «exceso de la capacidad de consumo, concomitante de una infracumulación»; y, sobre todo, del exceso de consumo de las elites. Esta posición depende de que el gasto de consumo de las elites se materialice de modo fehaciente. Sin embargo, las pruebas que citan Duménil y Lévy —un estudio de los economistas de la Reserva Federal Maki y Palumbo— sugiere que fue precisa la burbuja bursátil de la década de 1990 para impulsar el consumo de las elites; parece razonable indicar que la burbuja inmobiliaria de la década de 2000 desempeñó un papel similar. Sin esas fuentes de demanda, el problema de realización subyacente habría salido a la superficie.

La ausencia de una recuperación en forma de «V» en la mayor parte de los países del núcleo capitalista avanzado es una prueba adicional de que estamos ante una crisis estructural. No tenemos el «problema del magneto», que, a juicio de Keynes, podía resolverse mediante un arreglo esencialmente técnico, utilizando las políticas monetaria y fiscal para reactivar la economía. Al mismo tiempo, Duménil y Lévy están seguramente en lo cierto cuando señalan que las ortodoxias neoliberales continúan manejando el «rescate». En parte, esto se expresa en la prima depositada en el control de la inflación al objeto de que ésta no merme los rendimientos del capital financiero. Entre los funcionarios de la FED, siempre como generales que libran la última batalla, ya corre el rumor acerca de la necesidad de refrenar parte de la liquidez que se vieron obligados a crear. Mientras tanto, las quejas sobre «el peso de la deuda» se escuchan cada vez más alto. Hay un paralelismo poco sutil entre el agotamiento de capital productivo, impuesto por el mercado de capitales neoliberal, y el agotamiento del sector público —incluyendo la educación, la sanidad, la investigación básica y las infraestructuras— impuesto por el mercado de bonos y sus ortodoxias. Los esfuerzos del Te-

soro y de la Reserva Federal se han dirigido en gran medida al rescate de las instituciones financieras que provocaron la crisis –un sistema que los chinos han dado en llamar «socialismo con características estadounidenses». La ley Dodd-Frank no fue más que un pequeño paso respecto a lo que hace falta para devolver a los bancos –incluido el sector bancario en la sombra, ignorado en gran medida por la ley Dodd-Frank– a una categoría de servicio público, que permita que sirvan a la economía real tan fielmente como, por ejemplo, una red eléctrica. No obstante, resulta irónico que, habida cuenta del papel central de las burbujas de los precios de los activos a la hora de disimular sus contradicciones internas, a corto y medio plazo es probable que la verdadera reforma financiera empeore el rendimiento del capitalismo estadounidense. En la próxima década, el resultado más probable es el estancamiento.

El marco comparativo-histórico que presentan Duménil y Lévy ofrece un punto de partida inestimable para considerar lo que habrá de venir a continuación. Los últimos dos periodos de crisis, la década de 1930 y la de 1970, fueron ambos incubadores de nuevas formas de capitalismo; asimismo, fueron tipos de crisis muy diferentes. La de la década de 1970 fue, por encima de todo, una crisis de rentabilidad, provocada por una confluencia de factores que incluía el exceso de acumulación, un repunte de los precios de las materias primas y el agotamiento del paradigma tecnológico imperante. Hizo que las clases dominantes pusieran en tela de juicio el consenso de postguerra sobre el pleno empleo y el capitalismo dirigido y se unieran en torno a las políticas y la ideología que se transformarían en el capitalismo neoliberal. De esta suerte, los momentos definitorios del nacimiento de la nueva era –la sacudida de los tipos de interés de Volcker, que hundió a la economía mundial en una de las recesiones más profundas desde la Depresión, y el despido de los trabajadores del sindicato de controladores aéreos PATCO por parte de Reagan– apuntaban tanto a disciplinar a los trabajadores como a estabilizar la tasa de beneficio. Aquí reside una respuesta potencial al análisis estructural keynesiano. Continuar con el modelo de capitalismo de postguerra no era una alternativa, porque éste no podía abordar, bajo las condiciones históricas que imperaban alrededor de 1980, el problema subyacente de la rentabilidad. Pero, como hemos visto, resolver un tipo de crisis capitalista –de rentabilidad– no hizo sino crear las condiciones para que otra saliera a la superficie, tanto si la consideramos como una crisis de «hegemonía financiera», como Duménil y Lévy, o de «realización».

¿Y qué hay de las predicciones de Duménil y Lévy? Finalmente, tendrá que surgir un nuevo modelo postneoliberal, si bien cabe discutir si cobrará la forma de la alianza neogerencial que describen. A este respecto, se plantea la siguiente pregunta –tanto para Duménil y Lévy como para Veblen, que tuvo una idea parecida–: ¿qué moverá a la clase directiva a morder la mano que ha estado dándole de comer? O, tal como lo plantea *The Crisis of Neoliberalism*: ¿se mostrarán reacios los directivos a dañar los intereses de sus «primos» sociales? Duménil y Lévy apuntan al patriotismo como un posible motivo –el deseo de conservar el poder comparativo del país–. Pero parece

improbable que esto sirva de revulsivo para nuestros incipientes ingenieros veblenianos. Cabe pensar que las clases populares están mejor preparadas para luchar contra un periodo de estancamiento y malestar, mientras que las elites estadounidenses y europeas se esfuerzan en mantener con vida el proyecto neoliberal, a costa de una agenda política duramente reaccionaria. ¿Y qué hay de una nueva variante del modelo New Deal / Estado del bienestar? En la exposición de Duménil y Lévy, los trabajadores y los directivos formarían un pacto implícito para perseguir objetivos –crecimiento, cambio técnico, regulación efectiva– más amplios que el objetivo de maximizar el valor para el accionista (y aquí es donde entran en escena Chandler o Galbraith). Los problemas políticos a los que se enfrenta una alianza de este tipo resultan bastante obvios: en la década de 1930 el movimiento obrero internacional era lo bastante fuerte como para poner en tela de juicio el capitalismo mismo; los cargos directivos de hoy en día antes convocarían a las fuerzas antidisturbios contra las «clases populares» que plantearse un programa conjunto con ellas.

Sin embargo, dejando de lado tales consideraciones políticas, ¿podría funcionar hoy esa estrategia económica? El punto de vista keynesiano es que volver a unir los salarios a la productividad superará la escasez crónica de demanda y entonces todo volverá a su sitio, mediante una especie de ley de Say invertida: la demanda crea su propia oferta. Sin embargo, aunque mejoraran los problemas de la demanda agregada, es improbable que se presenten de nuevo las condiciones tecnológicas favorables del periodo de postguerra. De resultados de ello, la rentabilidad se convertiría en una limitación más relevante para la inversión privada. Los directivos y los accionistas tendrían que ser convencidos de reducir sus expectativas, o tal vez se demostraría necesario el recurso a alguna versión de la «socialización de la inversión» de Keynes. En este caso, el Estado tendría que convertirse en una fuente importante de inversión pública, I + D y demanda; el cambio climático y el agotamiento de los recursos hacen que esto sea algo más que una posibilidad académica. Sin un grado de intensidad política comparable con el de la década de 1930, cuesta ver cómo podrían concretarse opciones de este tipo. Pero costaría aún más si viéramos las cosas desde la perspectiva de 1929. Los jóvenes trabajadores o estudiantes que han tenido la desgracia de entrar a formar parte de la mano de obra durante la Gran Recesión tendrán necesidad de una educación muy amplia en la historia de las crisis capitalistas si quieren empezar a construir una salida alternativa de la presente crisis. Este libro debería contribuir a esa labor.